

Tomando como punto de partida a las beguinas y su movimiento parareligioso iniciado en el siglo XII, Raisa Maudit (La Palma, 1986) propone, con *Una ascensión en espiral. Mirar atrás desde el fin*, una revisión simbólica de lenguajes secretos y posibilidades de cambio. Feminismo y apocalipticismo se dan la mano en este proyecto con temporalidades múltiples.

Raisa Maudit

UNA ASCENSIÓN EN ESPIRAL. MIRAR ATRÁS DESDE EL FIN

14.06 – 13.10.2024



Ajuntament de
Barcelona

[LA VIRREINA]
CENTRE
DE LA IMATGE

UNA ASCENSIÓN EN ESPIRAL. MIRAR ATRÁS DESDE EL FIN

El siglo XII esconde una revolución. En un contexto feudal europeo –con múltiples sistemas de poder hereditario lidiando con el poder simbólico totalitarista marcado por la Iglesia Católica– un colectivo internacional de mujeres empieza a trabajar desde la invisibilidad para proponer otra realidad. Son las beguinas. Organizadas en beguinatos, este grupo de mujeres activas crean sus propias estructuras de decisión para decidir quién las representa, no querrán casarse, constituyen una economía propia para su supervivencia y generan contenidos culturales: pintan, realizan tareas de alfabetización, empiezan a escribir sus libros y publican las primeras autobiografías. Las beguinas logran definir y distribuir contenidos casi como un ofrecimiento generoso para un modelo de vida. Un modelo de vida en el sistema, pero fuera del sistema: rechazan la Iglesia pero se entregan a Dios. Procedentes de diversos estamentos sociales, tienen conexiones con las clases media y alta pero viven en castidad. Las beguinas generan sus propios códigos de identificación y logran construir una red de beguinatos que empieza en Alemania y en Flandes, pero se extenderá –durante siglos– por varios países y lugares, incluyendo Cataluña.

Precursoras de la poesía mística del siglo XVI, las beguinas trabajan desde lo simbólico a partir de algo considerado como un protofeminismo. Y aquí la revolución. Mujeres en el siglo XII que dispararán al futuro con paciencia, ofrecerán cobijo conceptual y físico creando un vocabulario propio que permite mirar de otro modo. Las beguinas construyen su realidad como una alternativa, inventan un mundo propio que resiste los envites tanto de la Iglesia Católica como de la nobleza y esquivan su posible desaparición mediante herramientas de defensa colectiva como el salto a la mística y la invisibilidad del secretismo. No será hasta varios siglos después, ya en el siglo XXI, que las beguinas se considerarán «extinguidas», pero su trabajo y forma de ser siguen activos mediante pensadoras, luchadoras, poetas, clérigas y organizadoras sociales.

En un momento de desmoronamiento como el actual, con la presente caída de sistemas democráticos frente a modelos puramente económicos y sus estrategias populistas, en una época en la que el retorno a un feudalismo radical empieza a parecer algo plausible, Raisa Maudit (La Palma, 1986) realiza en su exposición un viaje temporal para intentar apoderarse y compartir otra historia—que conlleve otro futuro u otro presente—y entenderla como algo más que una necesidad. Quizás desde un gesto de fe, quizás también en clave mística, quizás como última opción. La fe y el misticismo en las beguinas son algo que permite criticalidad, un pensamiento libre que se aleja de los sistemas de poder para intentar visualizar otras realidades. Y en el proceso de visualización la presencia de lo simbólico facilita una conexión emocional más allá del momento. Los lenguajes secretos tienden a persistir a medida que son menos lenguaje y más posibilidad poética.

La exposición *Una ascensión en espiral. Mirar atrás desde el fin* no da una respuesta. La exposición no explica la historia de las beguinas. La exposición no ofrece un mundo mejor. Con esta exposición, Raisa Maudit se acerca a un modo de hacer y propone un reconocimiento emocional a una serie de precursoras invisibles. Luchadoras inteligentes, personas que desde casi el anonimato señalaron la posibilidad de abrir un mundo frente al declive. Gestos y cuerpos, ideas y sensaciones, saltos temporales y un deseo compartido. La exposición no da una respuesta ya que en la oscuridad—estamos viviendo uno de los períodos históricos más oscuros— es difícil entrever hasta las preguntas. Y frente a las dudas, una posibilidad de visión. Visión como ese instante previo a la construcción lingüística, como esa premonición aún inestable que se está formando antes que todo. Una visión compleja que en el siglo XXI transforma el código en código, que—en su fragilidad— busca una nueva idea de tabla de salvación que necesita permanecer en lo complejo, escapando de la singularidad mesiánica para participar de un gesto compartido. Y los gestos compartidos piden generosidad, algo complicado en un momento de dudas y control. Seguramente la invisibilidad de las beguinas está plenamente relacionada

con la idea de lo grupal frente a esta singularidad mesiánica: la complejidad de las narrativas cruzadas, la multiplicidad de voces y su carácter cercano a lo democrático, a lo anárquico y la multiplicación de la subjetividad salvan y –al mismo tiempo– conllevan el perder. El profeminismo implicó ser consciente del grupo y pensar en la colectividad, defender un futuro sin heroísmos marcadamente individuales.

Asumiendo modos de hacer de las beguinas, Raisa Maudit trabaja en su exposición marcando una serie de ejes que se cruzan constantemente. Ejes temporales, ejes lingüísticos, ejes emocionales y ejes abstractos. El tiempo en la exposición podría ser barroco, con sus sombras y su sensualidad, con su miedo y su muerte latente. El tiempo expositivo también podría ser parte de esa historia que se escribe desde la ciencia ficción –tanto en Frank Herbert como en Ursula K. Le Guin, por ejemplo– y que se convierte en una mezcla de situaciones fuera de sincronía. El tiempo de la exposición marca su ritmo, un ritmo complejo con distintas velocidades y gestos, con repeticiones e insistencia.

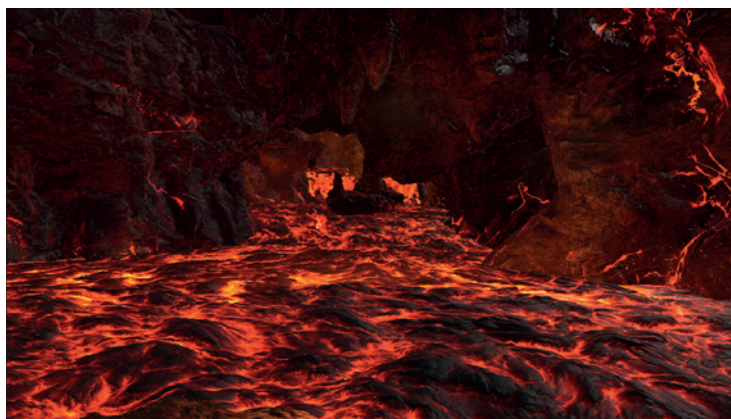
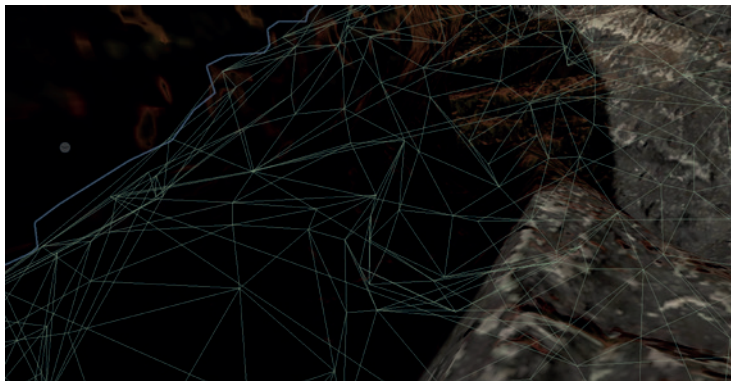
Si el tiempo es un contexto, el espacio expositivo en *Una ascensión en espiral. Mirar atrás desde el fin* es el lugar desde el que definir en un proceso emocional a partir de una complejidad que incorpora el miedo, el error, la creencia, la rabia y las dosis necesarias de violencia y amor. Y varios siglos con los que negociar, varios tiempos solapados, varios enclaves, varias referencias. Para entender la actualidad –o una posible actualidad– vayamos primero al siglo XII. Para entender la realidad asumamos el apocalipsis. Para entender la realidad desde una óptica afín intentemos ver qué rastro queda de ese profeminismo de las beguinas, qué queda de su anarquía bien organizada, su amor por el conocimiento, sus códigos de reconocimiento mutuo, su colectividad. Se dice que la última beguina murió el 2013. Esta historia no ha terminado y la exposición se convierte en una caja de reverberación frente a la posibilidad del olvido.

En su ataque no frontal, en su prescindir de las normas y las estructuras de poder, las beguinas se transforman en un elemento desestabilizador. Hablan de sexualidad y religión,

utilizan el romance, rompen las normas sin necesidad de hacer nada más que decidir por sí mismas. ¿Qué queda de todo ello? ¿Qué hemos borrado? ¿Qué código quedó oculto pero devino un eje definitorio para la cultura actual? Raisa Maudit se mueve entre tiempos para ir ahora también a un futuro presente con máquinas y códigos entremezclándose con lo humano. Un mundo en el que el pensamiento deja de ser algo humano, de hecho. Desmenucemos los gestos y su repetición para empezar a ver las manos que escriben, las manos que dirigen, que definen. Si en el siglo XII la mística ve en Dios estas manos que dirigen, en un futuro maquinal el código en proceso se convierte en ese ente a adorar, en esa posibilidad de descontrol superior. La idea de Dios –y su omnipotencia– es ocupada por tecnología en velocidad, por una artificialidad capaz de generarse a sí misma y presentada bajo el concepto de inteligencia. La mano y sus azarosos gestos responden ahora al código algorítmico y su fallo y fin pasa a ser mecánico, con lo que en vez de muerte hay desmontaje; otro Dios que no puede morir. La mística y la necesidad de un futuro han encontrado un nuevo ser inasumible y grandilocuente.

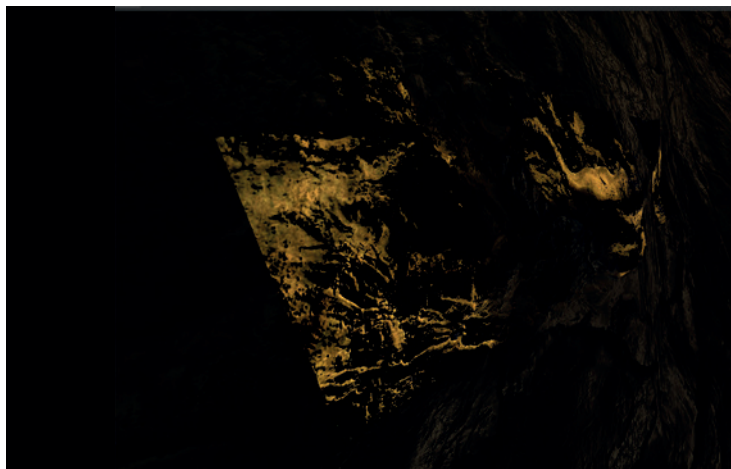
Ya en la industrialización, el gesto –eso que era humano– pasó a ser algo compartido con la máquina. Con la tecnología el lenguaje pasó a ser código y con la codificación en marcha las manos y los gestos ya no escriben, sino que son proceso de escritura. Y con el proceso, la traducción empieza a ser complicada por la propia inestabilidad del proceso; los gestos y el código utilizan hoy la velocidad y un tiempo en marcha dificultándose así la traducción. En su lugar la posibilidad será la transición o la adoración. La posibilidad de cambio se convierte en algo verbal, en un tiempo en marcha de difícil definición. No poder visualizar el cambio, no poder tener distancia, la ascensión en espiral se acelera y la fe encuentra su lógica.

Si en el siglo XII se presentaba una posibilidad de cambio mediante la acción de un sector no dominante, ¿qué pasará ahora en esta complejidad veloz? ¿Qué pasará con la destrucción? ¿Podemos ver la destrucción? ¿Quién desoye la versión avanzada de un capitalismo que incorpora evolución y aprendizaje



Raisa Maudit, 2024





Raisa Maudit, 2024



Raisa Maudit, 2024

únicamente en el lucro? ¿Y qué es código ahora? ¿Para quién? ¿Podemos generar un código humano para dejar de entendernos? ¿Puede ser este código algo que nos separe de la máquina? ¿Podemos tener otros lenguajes en los que lo emotivo y lo abstracto posibiliten que esos silencios en la historia pasen a ser los sujetos y los verbos principales? La cantidad de preguntas se sumerge en una masa compacta y ardiendo, en algo así como un prepensamiento para un postmomento. El volcán estalló y la lava aún no se ha solidificado, con lo que difícilmente nos encontramos en un paisaje estable. La estabilidad, de hecho, dejó paso a una crisis continua con distintos detonantes; con distintas explosiones en un continuum de desazón. La ceniza –el fin– se adelanta a la forma.

Y frente a la desazón, acercarse al susurro. Acercarse a los cuerpos que susurran y comparten desde la proximidad. El secreto se convierte en algo físico, en una letanía a compartir individualmente. En la muestra, Raisa Maudit ofrece cuerpos –y reliquias– con los que establecer una relación. Si la mística supone abandonar los cuerpos en una explosión sensualizada, Maudit ofrece un contexto para otro tipo de fisicalidad: los cuerpos son esculturas que son símbolos que son materia. Los cuerpos son voces que son tecnología que son algo así como lenguaje en proceso. Los cuerpos son homenaje y son miedo y son realidad. Las capas de significado se cruzan y se complementan en esta espiral ascendente marcada por una arquitectura histórica y también escrita. El lugar de los cuerpos en la exposición, el lugar de dos cuerpos que son esculturas que son beguinas que son mujeres que son textil y metal y voz, está enmarcado por una arquitectura en mezcla: la piedra de La Virreina Centre de la Imatge recibe los ahora soportes arquitectónicos que remiten a la arquitectura religiosa beguina. Una arquitectura que indica sus propios ejes, su ritmo y guía. Una arquitectura secreta que también es código; un código que conlleva reconsiderar los contratos de performatividad: los ritmos y movimientos en la arquitectura religiosa son distintos a los de una arquitectura doméstica, los gestos y lo simbólico cambian completamente. Y será en este lugar –y bajo este

contrato— donde la posible mirada cruzada entre los dos cuerpos presentados marca una línea y un alrededor: el espacio se hace en este momento expositivo mediante materia, tiempo, mirada, cuerpos, significados y proyección.

Las dos beguinas —las dos esculturas— definen su propio eje, cierran su recorrido pero abren un contacto mediante la voz. La relación con aquellas personas que se adentran en el espacio se realiza mediante el tiempo, mediante posibles palabras y atención. La teatralidad simbólica pasa a un segundo plano cuando la mirada se pierde; en la escucha los ojos se van. A su alrededor un recorrido simbólico ofrece varios tiempos y momentos: la luz tamizada por códigos y colores, el relicario que indica la necesidad de hacer perdurar lo importante, la reliquia que convierte lo místico en físico y lo pasado en presente. En este contexto, un mundo lejano se transforma en una visión en la que reencontrarse con un futuro ligado a cuerpos en caída, a lava y vacío, pero también a un deseo de hallar un lugar desde el que compartir.

Y después el fin. En la oscuridad —también en la exposición— encontraremos las máquinas en acción, la ceniza y el paso el tiempo. Encontraremos la creación de lugares geológicos donde esconderse o donde perderse. Encontraremos una huida y un notar el peso. Todo se cae, todo se nos cae encima. Vivimos en un mundo donde distintos contextos culturales se acercan al apocalipticismo. Y con este gesto, se asume la realidad de un fin —ya dictado— y se abren diferentes campos de acción: desde la asunción y la necesidad de compartir ternura hasta la idealización de figuras heroicas que abrirán la puerta para este último momento. En este momento, en este lugar, las manos aparecen de nuevo, los gestos repetitivos y esa idea de escritura —y código— en proceso. Lo físico y lo distante, lo previsible y la alteración, lo estable y lo frágil se dan la mano en un diálogo sin precedentes. El fin iguala y la gramática se deforma.

En el fin del mundo, en este apocalipsis, Raisa Maudit seguirá intentando conectar los puntos para regresar a ese siglo XII y estar al mismo tiempo en el siglo XXI, mirará a personas en específico y se acercará a sus gestos. Buscará en los libros, en los

lugares, en los espacios. Buscará en las cartas, en los contratos, en los objetos. Y con toda la información generará un nuevo código a distribuir mediante frágiles tablas. La tabla de salvación ya no permite olvidarse de la propia acción o responsabilidad, la tabla de salvación implica acción, traducción, transición y capacidad para asumir lo simbólico. La beguina seguirá escribiendo para un futuro, un futuro que ya llegó.

Si pensamos en la idea de encontrar un hilo, una de las máquinas más potentes de generar imágenes discursivas –Hollywood– nos ha ofrecido en varias ocasiones personajes neuróticos –policías, investigadores privados, agentes del orden, asesinos– que unen imágenes, nombres y momentos en mapas conceptuales que –en su proceso de construcción– van alejándose más y más de los objetivos principales. Mapas rizomáticos que se pierden en el detalle. De nuevo, el gesto y el barroco, la sombra que genera otras sombras en una necesidad permanente para saber y descubrir desde una doble sensación de fascinación y miedo.

Las cuatro salas de la exposición *Una ascensión en espiral. Mirar atrás desde el fin* se marcan con cifras que son referencias a capítulos y versos, a momentos cruzados de escritura religiosa. En los libros fundamentales de varias religiones dominantes vemos estructuras narrativas complejas, puntos de vista cruzados y momentos en los que aquellas que son consideradas personajes secundarios se encuentran en la palestra. Las cifras en las salas son un eco distante, también un código de lectura –casi secreto– frente a la necesidad de encontrar un hilo, una narrativa, un discurso al que aferrarse. También una composición musical en cuatro movimientos marca tiempos y tonos en la exposición: cuatro movimientos para cuatro espacios, cuatro recorridos sonoros con temporalidades largas, escritas y ejecutadas desde la distancia, pero con un deseo de comunión. La música y su posibilidad de escapar del lenguaje escrito siempre ha sido un campo de trabajo para el misticismo; música y poesía ofrecen momentos para un acercamiento individual y una proyección de contenidos particulares. Cifras y música nos sirven como armazón estructural, como referencia y marco, como conectores

de sentido para una narratividad difícil que difícilmente podrá ser explicada.

Una ascensión en espiral. Mirar atrás desde el fin es código y voces, es gestos y momentos, es situaciones y escritura física en proceso. Desde un acercamiento al postapocalipticismo, la muestra busca ideales a los que homenajear, busca a las agentes tras esos ideales, busca ver y mirar, busca reconocer y reconocerse compartiendo desde la soledad. El fin del mundo está aquí –por lo menos el fin de nuestro mundo– y seguramente es el momento en el que encontrarse con las beguinas, es el momento para esas mujeres invisibles que durante siglos han preparado otra realidad. Encontrar cuerpos, encontrar gestos, encontrar restos en la destrucción. Solo queda mantener la esperanza.

Comisario: Martí Manen

DL 2222

**La Virreina Centre de la Imatge
Palau de la Virreina
La Rambla, 99. 08002 Barcelona**

**Horario: de martes a domingo
y festivos, de 11 a 20 h
Entrada gratuita**



**#RaisaMaudit
@lavrreinaci
barcelona.cat/lavirreina**